

And. Rafael Iglesias

San José, Costa Rica, 9 de Setiembre de 1894

Quartillas

PUBLICACION QUINCENAL

Nº 12

CONTENIDO

I, Hasta luego—II, A propósito
de cuentos—III, Oda á la ciencia
— IV, Los Bibelots—V, De blanco
VI, Mi morena—VII, Las tiendas.

Tip. Nacion



Hasta luego

Las letras patrias están de plácemes. La fundación de una sociedad dedicada á su cultivo y desarrollo y cuya necesidad desde hace tiempo se hacía sentir, significa mucho para todos los entusiastas por el progreso y cultura intelectual de Costa Rica, especialmente de su juventud, que desde hoy tendrá un centro donde adquirir ideas y perfeccionar las que haya obtenido, tal vez sin método ó incompletas á través de los libros.

Se compone el *Ateneo de Costa Rica*, que es el nombre de tan importante asociación, de dos grandes elementos de vida: los *viejos maestros*, como se nos permitirá que llamemos á las personas distinguidas por su experiencia y conocimientos; y los hombres nuevos, que forman la segunda parte, inteligentes y laboriosos, con la mirada fija en el porvenir, muchos de ellos ya con una envidiable reputación.

De los trabajos más notables del *Ateneo*, es sin duda una revista científico-literaria que verá la luz, según nos han informado, el catorce del corriente mes, cuya lectura buena y abundante, proporcionará á los lectores verdaderos ratos de enseñanza y solaz.

Cediendo á las amables indicaciones de personas importantes que desean concretar en un solo punto los esfuerzos de los escritores nacionales, muchos de los cuales han contribuído al sostenimiento de esta

humilde revista y que hoy no podrían prestarnos por su nueva tarea toda la ayuda que necesitamos, convencidos además de que, aunque sea muy diferente la naturaleza de *Cuartillas*, existiendo el nuevo periódico, ya aquél no produciría sino escaso interés en el público, que en su mayor parte no dedica mucho tiempo á la literatura y que tendrá bastante con *El Ateneo* para no fijarse en nuestros ensayos, hemos resuelto suspender esta publicación.

¿Qué hemos hecho durante los seis meses que lleva de vida nuestro periódico?

No ha faltado quien diga que perder un poco de tiempo sin perjuicio de nadie. Pero esa afirmación es un tanto pesimista. Está claro que los trabajos de los principiantes valen poco, muy pero el tiempo empleado en ellos no se puede considerar como perdido. Se disparata al principio, después la crítica, que en esta ocasión no nos ha olvidado, se encarga de poner las cosas en orden; y ya se escribe con más cuidado; el que tiene aptitudes comienza á distinguirse y á producir algo que aunque imperfecto, es mejor que lo hecho anteriormente.

Entre los colaboradores más jóvenes de *Cuartillas* algunos han revelado la bondad de sus facultades y han recibido impulso para continuar en sus estudios, lo cual no sucedería si nunca se hubieran dado á conocer.

Además de esa ventaja se ha obtenido la de poder publicar, de escritores ya formados, muchos artículos que por su belleza y corrección han constituido el orgullo de nuestras columnas; y la de mantener cierto entusiasmo por la literatura, como lo prueban bastantes discusiones interesantes que han sido iniciadas en estas páginas ó motivadas por ellas.

Por esas razones no damos por perdido nuestro tiempo, al contrario, sentimos satisfacción, aunque pequeña, por el éxito de nuestros esfuerzos. Reciban todos los que nos han ayudado con sus trabajos y los que nos han animado con sus simpatías a sincera manifestación de nuestra gratitud.

Mientras los hombres trabajan estudiemos los muchachos. Algún día comenzaremos de nuevo la tarea.

G. MARTIN C.

ALEJANDRO ALVARADO h.

A. LUJÁN





A propósito de cuentos

La epopeya canta sucesos grandiosos y trascendentales para un grupo humano. Durante mucho tiempo se tuvo por modelo único de esta clase de composiciones la *Ilíada* de Homero, en que se cantan algunos incidentes de la guerra de los griegos y los troyanos con motivo del rapto de Helena; no parecía notarse que el mismo carácter de epopeya se daba á la *Odisea*, que es un cuento esencialmente distinto del de la *Ilíada*, sin que haya entre los dos otra cosa de común que algunos de los personajes y la ingenuidad con que se relatan en ambos poemas las creencias y las tradiciones de los griegos. Virgilio hizo en su *Eneida* una epopeya semejante á las de Homero, introduciendo en ella las supersticiones religiosas é históricas de sus contemporáneos.

La superioridad con que Homero y Virgilio desempeñaron sus planes respectivos, dió origen á la idea equivocada de que sólo siguiéndolos, paso á paso, se pudiera trazar una epopeya; de aquí un sin número de abortos literarios inspirados por el propósito de hacer algo semejante á los que ellos hicieron, de los cuales los únicos dignos de mencionarse son, en nuestro concepto, la *Henriada* de Voltaire y la *Araucana* de Ercilla, y conste que de propósito no citamos las *Lusiadas* de Camoens, sin desconocer el inmenso valor lírico de algunas de sus partes. Para explicar el escaso éxito de esas torpes imitaciones, se ha acudido á la errónea teoría, según la que la epo-

peya no puede escribirse entre los modernos por la falta de *lo maravilloso*, que tanto campea en las producciones de Homero y en la de Virgilio. No negamos que para los que las veneraban, las fábulas mitológicas debían revestir de un hechizo particular los poemas á que nos referimos, y que, para los que las consideramos simplemente, como productos de la humana fantasía, poseen el atractivo de su propia belleza; pero lo que caracteriza á nuestros ojos, la epopeya, es ser el cuento de un pueblo, con mitología ó sin ella, y como la mitología, por otra parte, sigue existiendo, aunque con formas y fundamentos diferentes, no podemos admitir que sea lo que haga falta para el caso. La mitología cristiana ha inspirado á los modernos tres poemas de primer orden: la *Divina Comedia* del Dante, el *Paraíso Perdido* de Milton y el *Fausto* de Goethe, ninguno de los cuales tenemos por inferior á los antiguos, á pesar del encanto que éstos hacen gozar por la ingenuidad propia de los tiempos en que se produjeron. La conquista de América pudo dar á Ercilla tema para un verdadero poema si él hubiera sido un gran poeta, y con mitología y todo por añadidura. No pensamos lo mismo con respecto al asunto de Voltaire.

Los españoles tuvieron un poema grandioso en el tema de sus guerras con los Sarracenos y en su figura legendaria del Cid; los alemanes en sus guerras y su mitología nacional alcanzaron el suyo y en tiempos posteriores produjeron otro en la *Mesiada* de Klopstock. Entre los italianos hubo otra epopeya cristiana, la *Jerusalem Libertada* del Tasso que, sin la grandeza de la obra del Dante, no carece de trossos admirables, y el Ariosto levantó además un poema sublime en la epopeya fantástica y caballeresca del *Orlando furioso*.

Ya en nuestros días, Víctor Hugo ha intentado una epopeya de la humana historia en su *Leyenda de los Siglos*, pero los únicos éxitos que en ella obtuvo debiéronse á su incomparable potencia lírica, y no al desempeño del asunto; no porque en esta época la

epopeya haya de tener un carácter nacional; pudiendo, por lo contrario, aun con ventaja, tener un carácter humano; sino porque la obra del gran poeta francés carece de la *unidad orgánica*, que es la fuente de vitalidad de estos poemas.

La novela, á pesar de que se escribe en prosa, es la verdadera epopeya de nuestros días. Es ésta una composición literaria en que se narra un grupo de sucesos que sirven para poner de relieve caracteres, ideas y sentimientos humanos, combinándose á veces, con los fingidos, otros más ó menos históricos. Por medio de la novela, se ha tratado, en efecto; de resucitar el pasado, haciéndose lo que puede considerarse como la historia *por dentro*; el insigne Walter Scott ha logrado en este género de trabajos un éxito inmenso, Bulver lo tuvo en *los últimos días de Pompeyo*, y Alejandro Manzoni en sus *Novios* ha producido, en el mismo concepto, una de las obras más hermosas del arte universal.

También puede darse la novela fantástica. Para nosotros resultan fantásticas las grandes epopeyas antiguas y aun el *Fausto*, el *Paraíso perdido* y la *Divina comedia* lo son en mucha parte aun para los creyentes, y del todo para los que no profesan una fe religiosa. Pero el más incrédulo mira en esas fantasías símbolos y emblemas de las aspiraciones humanas, y estudia en su fondo la vida real del corazón y el pensamiento.

La obra de arte más perfecta en este punto es la que todo lo abarca: lo ideal y lo real, lo nacional y lo humano formando lo que llamamos antes la *unidad orgánica*, algo como un organismo vivo, como una individualidad poderosa. Por eso reclamamos el primer puesto en la literatura de todos los tiempos y de todos los países para la obra del manco inmortal de Lepanto, para el incomparable *Don Quijote de la Mancha*; nada igual ó siquiera semejante á eso conocemos en el dominio de las bellas artes.

Por supuesto que no voy á detenerme en el *Quijote*, porque no hay espacio suficiente para ello; pero

noten ustedes cómo el pobre mundo nacional que Cervantes conocía y que podía pintar, de los venteros y las maritornes, y los arrieros y los curas de aldea y los tristes campos de la Mancha, no le parecieron á Cervantes tan indigno asunto como le parecen á Ricardo Fernández los hermosos valles y los ricos episodios históricos de su tierra; y cómo propósito de eso, hizo de la naturaleza humana, poniendo en movimiento á un loco y á un rústico, la revelación más completa y sublime que la literatura del mundo contiene hasta la fecha. *Macte animo.* Ese es el camino; vivir y sentir lo que se escribe.

Vuélvenme ustedes á pedir colaboración para "Cuartillas," y vuelvo á decirles, en resumen, lo que la vez primera. ¿Gústanle á ustedes los cuentos? Que sea enhorabuena; eso es literatura propia de nuestro tiempo. Un cuento es una novelita, es una epopeya de cortas proporciones. Ha de contener la vida idealmente interpretada: quiere decir, con mucho contenido en breve cuadro; tomando, pues, rasgos característicos, de lo que vemos y examinamos con ojos de poeta, que ven *el alma de las cosas y la ley detrás del fenómeno*, ó siquier de lo que imaginamos de veras, *por nuestra propia cuenta*; nunca inspirándonos en las visiones ajenas, y mucho menos en las ajenas fantasías. Un cuento es como un lienzo de pintor de paisajes en que, con una estrella y una nube y un rayo del sol, se tiene el concepto entero, ideal, se entiende, del alba ó del crepúsculo, y con dos piedras y un árbol y un poco de yerba y un hilo de agua entre las piedras, se tienen en el alma mil emociones dulces, muchas ideas nobles y una solemnidad serena, sólo comparable á la que despiertan ciertos recursos de la música; y ahora que me acuerdo de la música ¿saben ustedes lo que es un cuento? Un cuento es una sinfonía percibida, vislumbrada, sugerida, gozada con delicia estética, por medio de cuatro notas solamente.

El busto de Napoleón que se debe á Canova expresa y sugiere más acerca de aquel hombre extraño

que las más grandes estatuas y los cuadros más complicados que al Gran Capitán se refieren; y hay en el arco de la Estrella en París una alegoría sobre la guerra, con muy pocas figuras, que dice más que muchos poemas, muchos libros, muchos monumentos acerca de la discordia humana.

Sorprender algo característico, sentirlo como artista y decirlo con novedad, encerrando en pocos rasgos sugestivos la médula del asunto: eso es hacer un cuento.

Pero ¿quién no pueda componer así, y pueda imitar un buen cuento español, francés ó ruso? Que lo imite, para *hacer la mano*, como ensayo, sin necesidad de imprimirlo. Si después de varios esfuerzos descubre que sólo para ello es capaz, que sea un buen médico ó un buen artesano, un excelente padre de familia, un ciudadano útil; pero que no escriba para el público.

A. ZAMBRANA.





Oda á la Ciencia

I

Salve, ninfa gentil, á cuyas plantas
rinde homenaje inmensa multitud.
Salve, numen celeste:—tú levantas
la mente á la verdad y á la virtud.

Ésta es tu luz, tu resplandor ingente
que esparcido en la etérea región
alumbra la conciencia:—dulce ambiente
es tu voz de la inmensa Creación.

Tu aliento da la vida á los espacios
poblados de lumbreras mil y mil,
rutilante diadema de topacios,
como ilusión del alma juvenil.

La juventud te aclama:—¡atrás! vestiglos
á quien la tenebrosa oscuridad
ciego culto rindiera en otros siglos
que manchó vuestra torpe iniquidad.

Para siempre pasasteis. . . . ¡Campo, campo!
paso á la luz, de cuyo amanecer
hiere la vista atónita ya el ampo,
confundiendo en la sombra vuestro sér!

Salve, oh Ciencia: tu límpido destello
fulgura con más brillo que el del sol.
Tú eres el sol del alma, ideal bello,
aurora de purísimo arrebol.

De tus rayos la plácida vislumbre
al espíritu da vida y calor:
y de tu imperio en la empinada cumbre
á todos por igual das tu fulgor.

Mas ¡ay! cuántas empañan tu tersura
nubes de triste y lóbrego matiz;
y el alma entonces, llena de tristura,
sin tus destellos siéntese infeliz.

Yo adivino tu lumbre, mas la ofusca
la serpiente que Apolo en vano hirió;
y en vano el alma por doquier te busca
que una vez la ignorancia oscureció!

II

¡Oh! romped esta venda, que entorpece
de mis ojos la luz: quiero mirarla,
quiero extasiarme en ella!
Mirad: allá á lo lejos aparece
purísima, ideal, diáfana, bella,
y no puedo dejar de contemplarla:
vedla: ceñida viene toda en luz.

Ondeante su áurea cabellera;
rayos sus ojos son que me fascinan.
Su boca jadeante
llamando está á la Humanidad entera
á la región del cielo fulgurante,
do millares de orbes se iluminan
rompiendo de las sombras el capuz

Dejad que la contemple y que embriagado,
bebiendo en ella el néctar de la vida,
caiga luego á sus plantas!
Dejadme, sí: mil veces la he soñado,
y al despertar he vístome otras tantas
ante vil multitud embrutecida
por la mentira torpe y desleal

¡Y ora la ven mis ojos! ¿será acaso
que sueña una vez más mi fantasía
víctima de su hechizo?

¿Y no podré estrecharla, y á su paso
convertiráse el genio tornadizo
en farsa vil y vil hipocresía,
del mal y del error mezcla infernal?....

¡Ah! ¿por qué huyes de mí, ninfa divina,
negándome la lumbre de tus ojos
que enardece mi mente?....

¿Por qué tu adusta frente se reclina
hacia el confín sombroso de Occidente,
y entre malezas ásperas y obrojos
sangre tu pie al pasar miro verter?....

¿Por qué mullida alfombra de esmeralda
no pisas, que en el valle resplandece
poética y risueña?....

¿Por qué el dorado manto que tu espalda
cubre sutil, rasgado por la breña
ver flotando en jirones me parece
de los airados vientos al placer?....

¡Oh! ¡cuán mudada! Yo te miré hermosa,
llena de juventud y de alegría,
gala de tierra y cielo

tu faz soñé recién abierta rosa
entre campos de nieve, y tenue velo
tus hombros ligerísimo cubría
flotando de las brisas á merced;
yo te ví en frescas flores asentada
bajo rico dosel de argentería
entre blancos alciones....

Sobre el trípode áureo entusiasmada
te oí también cantar tus predicciones
ante la plebe atenta, que aplaudía
saciando de saber en tí la sed....

Desde el alto Himalaya á la llanura
por la mano de Brahma conducida
del Indo á la ribera;

y cruzastes el valle, y tu hermosura
sobre el Nilo gigante y la pradera
que su raudal fecunda, allí erigida
de gloria eterna página dejó;

y de Cadmo en las naos atrevidas
te ví surcar las aguas procelosas
buscando el suelo heleno;

y allí del Helicón á las dormidas
selvas llamaste, y como voz de trueno
tu voz levantó razas poderosas
que en lira de oro el vate celebró.

Doquier poblaste de verdura y flores
los valles y los montes de la *Gregia*
dando luces al Arte;
y pasaron de Atenas tus fulgores
á la ignorada Italia, patria egregia
después de Apolo, de Minerva y Marte,
el lauro disputándose á su vez.

Y á las Galias después y última España,
y en tu marcha tal vez retrocediendo
sobre el suelo africano
con Dido, de sus fieras á la saña
tú la luz opusiste, y soberano
doquier tu imperio fué, doquier luciendo
tu antorcha con divina esplendidez!

III

Y ¡ay! cuánto afán y cuánto noble ensueño
desvanecido casi, tú elevaste,
ante la turba vil frunciendo el ceño,
á gloria y á verdades, que miraste
maldecidas tal vez por torpes labios,
y religión más tarde de los sabios!

Tú vivir en los claustros no podías,
do el aire de la vida te faltaba;
y al tiempo que tus cárceles rompías
sus cadenas el pueblo quebrantaba,
y sus fueros, deshechos en pedazos,
tú recibiste, ¡oh! Ciencia, entre tus brazos.

Y con tan noble carga perseguida
subiste al Sol, y desde allí dijiste
que la tierra se mueve, y maldecida
hoguera vió el octogenario triste
que hubo de desmentirse avergonzado
ante el funesto Tribunal menguado



LA VIDA SERIA

BIBELOTS

(Traducido expresamente para "Cuartillas")

I

Después del *Musigny* de aquel almuerzo sin mujeres [cosa horrible], mientras que los siete ú ocho hombres allí reunidos trataban de persuadirse mutuamente del sumo agrado sentido en la molestia de escuchar anécdotas gastadas, contadas y oídas cien veces y llevaban la mentira de su buen humor hasta fingir bastante bien un comienzo de ebriedad, [dos ó tres mostraban una labia verdaderamente horrible], el joven conde de Clegue-rec ya parisién aunque nacido en provincia, llamó aparte á Monsieur de Marciaac y le dijo:

—Señor mío, vividor de los más delicados que honran la Mesa Redonda del único restaurante en que se come bien, siempre he tenido deseos de preguntaros algo. Creo que mi indiscreta curiosidad no puede hallar excusa mejor que la familiaridad medio vinosa de este final de almuerzo: las palabras que ahora se profieran carecen de importancia, pues tanto las del que interroga como las del que responde, pueden cargarse á la cuenta de una ebriedad parlanchina. No hay duda de que vos y yo estamos tan en calma y somos tan dueños de nosotros como si hubiésemos bebido en la alquería de la roca de Estretat una taza de espumosa leche; no importa: la circunstancia de tantas botellas vaciadas, autoriza el mal gusto de las preguntas, suprime la responsabilidad de las confesiones por la posibilidad próxima del olvido, que es la retractación más completa; ahora podemos decirlo todo sin que esta noche estemos seguros de haber dicho nada.

Mr. de Marciaac sonrió.

—Bellísimas precauciones oratorias! ¿Queréis, pues, interrogarme acerca de un asunto grave?

—Muy grave.

—¿Y me exigís por supuesto absoluta sinceridad?

—Absoluta.

—Pues servíos esperar un instante.

Mr. de Marciac se acercó á la mesa, y por dos veces llenó el vaso y lo vació.

—Ahora,—dijo,—hablad.—He asegurado á mi sinceridad talvez comprometedora, la verosimilitud de un vano discurso de convidado un tanto ebrio.

II

El Conde de Clegurec repuso:

—Casi todo el mundo está de acuerdo, querido Mr. de Marciac, en que gastais doscientos mil francos al año en Lucía de Breval.

—Doscientos veinticinco mil. Mi contabilidad está en orden perfecto. Como no tengo más que medio millón de renta, estoy obligado á poner coto á mis prodigilidades para evitar, como dicen, la merma.

—Doscientos veinticinco mil francos, perfectamente. Me admira tal precisión en el desorden. No créais que censuro vuestra generosidad con Lucía. Más bella que las bellas, merece el exceso por demás metódico, de vuestra largueza: semejante á Danae es digna de la lluvia de oro. La instalásteis en un hotel de la Avenida del Bosque, hecho de mármol negro y rosa y habéis hecho bien, pues, ninguna mujer podría, [según una poesía ilustre de Francisco Copée], bajar la escalera abotonándose los guantes, hacia el caballo que un *groom* tiene de la brida, con tanta gracia altiva como la que ella muestra. El *chalet* que le obsequiásteis en Trouville, prolonga su jardín hasta la mar creciente, y las rosas al soplo del viento, se deshojan sobre la espuma; nada mejor que Lucía de Breval cuando se dirige hacia el océano en traje de baño velado enteramente por sus cabellos; parece Anadyoméne volviendo al mar maternal.—Y ¿por qué no abrirle cuenta en casa de todos los sastres y joyeros de París, si sólo ella sabe llevar como trapos sin valor *faïlles* de á setentaicinco francos el metro y encajes de antiguo punto Alençon, y si sólo su garganta y sus cabellos merecen diademas de rubíes y collares de perlas

negras? En una palabra, apruebo muy de veras el que hayáis hecho á Mademoiselle Lucía de Breval, cuya madre fue mercader de cuatro estaciones en la puerta de Saint Denis, objeto de envidia aún para las princesas y las mujeres de los banqueros.

—En tal caso,—dijo Mr. de Marciac—¿qué tenéis que preguntarme?

—Esto,—contestó el joven provinciano ya parisién. Se afirma que no amáis, que no habéis amado nunca á esta mujer célebre, bella y embellecida con todo el lujo de que la habéis rodeado. Van más lejos aún: personas bien informadas juran que nunca habéis entrado ni una vez al dormitorio en que existen acumuladas por vos, todas las riquezas y todas las originalidades de los lujos íntimos.—Se pretende, en fin, que no sois el amante de Lucía de Breval.

—Tienen razón.

—¿Cómo? no habéis poseído, no poséis esa criatura admirable que os hace tirar por la ventana—con regularidad, se entiende—casi la mitad de vuestra renta?

—No, no la amo; y os juro que nunca he pensado en pedirle hospitalidad en el hotel que se ha servido aceptarme.

—¡Oh y por qué?—dijo el joven conde.

—Hijo mío,—contestó Mr. de Marciac,—me ruboriza el no tener que daros sino una razón tan natural y tan sencilla: por que Mademoiselle Lucía de Breval es una cortesana.

III

El Conde de Cleguerec entendía mal, ó por mejor decir nada comprendía.

El otro se explicó:

—La cortesana, sea cualquiera el nombre que le dé el *argot* del boulevard: *cocotte*, demimundana, arrodillada, volcada, horizontal, atravesada, todo puede suceder, no podría por ningún pretexto considerarse como objeto útil.—Es, por excelencia, el objeto de lujo, el bibelot, la inutilidad hechicera y costosa. ¿A cuál hombre de mediano sentido común se le ha ocurrido comer en la loza de Bernardo Palissy? Y no sería absurdo trinchar un filete en un plato de antigua porcelana de Sévres ó de Sajonia?..... Tenéis, como todo el mundo, vasos de Venecia que opalizan la luz, pero jamás habéis formado

el designio ridículo de ofrecer á vuestros convidados Chateau Iquem ó Lafitte en uno de ellos, porque el vino tomaría reflejos violáceos, capaces de quitar la ilusión de la sed. El amar á Cortesanas supondría en uno la creencia de que son verdaderas mujeres; y precisamente á esto es á lo que no puede resolverse un corazón capaz de amar—¿mujeres esas? ¿os burlais? Son bellas, nadie dice lo contrario, y es menester que lo sean porque su oficio es serlo; pero su belleza resulta de todas las hipocresías y de todas las mentiras. No se ha insistido suficientemente sobre la semejanza entre los museos y las alcobas. Tan ridículo sería un enamorado de Rosa Morsson ó de Lucía de Breval como uno de la Joconda ó de la Fornarina; mucho más sin la excusa de la belleza, quimérica sin duda, pero más sublime en su irrealidad. El hechizo de las cortesanas desde un punto de vista menos alto, consiste en no existir en efecto; se las ama, como los actores en las comedias vacian botellas vacías y comen pollos de cartón con las alas pintadas de tostado. En la vida amorosa son ornamento no más. Pedir besos á esas bocas embadurnadas, implicaría una inocencia de lujuria comparable al ingénuo apetito del agente viajero en su primera excursión. Slo los niños desnudan las muñecas: frío se queda uno de sólo pensar en lo que aparecería al abrir esos corsés y al levantar esas enaguas: nadie, estoy seguro, intenta esta pu erilidad. En París, infinito número de cortesanas son vírgenes, y creo que todas, á no ser que en la aldea nativa, antes de la celebridad, cuando eran mujeres aún, hayan corrido alguna aventura de borrachera. Las que no eran vírgenes se han vuelto en fuerza del hábito largo de las buenas noches definitivas en el dintel y del lecho no compartido. Los cocheros de los carruajes de club saben que después de la fiesta nocturna tienen que hacer dos viajes: para conducir á la señora á su casa uno, y el otro para llevar al señor á la suya. Ningún hombre pasa la noche fuera. No insisto en lo insoportable que sería nuestra presencia nocturna en el hogar á esas infelices de quienes nos fingimos amantes. ¡Dios mío! ¿Osaríamos imponer el tormento de una mentira prolongada á esas pobres que después de un día entero de risas y sonrisas tienen gran necesidad de la almohada solitaria? Molestar á una mujer recogida! Mas no quiero tocar este punto: únicamente insisto en la imposibilidad de desear á las que en ningún caso podrían saciar nuestros

apetitos. ¡Pasarse la noche en uno de esos lechos!— Sueño de los estudiantes de Liceo y de los tinterillos de provincia, comparable al horror de comer en un restaurante á precio fijo. No.—Debemos pedir á la cortesana que nos deba el lujo. Entre nosotros y ellas no hay cuestión de amor, todo es vanidad. No pensaría ni un momento en abandonar á Lucía de Breval porque fuera la querida de su peluquero; pero haría que su ayuda de cámara la pusiera á la puerta del hotel de la avenida del Bosque ó del chalet de Trouville, si el último sábado no hubiera llevado el sombrero más notable al circo nuevo. ¡Estais loco! Amar á esas mujeres, besarlas en la boca. eso se queda para nuestros criados que talvez las crean mujeres aún.

—Querido amigo—dijo el conde de Cleguerec—hay en vuestro discurso verdades que sorprenden ¡Ah! qué bien imitáis el lenguaje de un beodo!—Pero ¿si nó á Lucía de Breval, á quién amáis?

IV

Mr. de Marciac respondió con una gravedad de borracho imitada admirablemente:

—Señor, en la antigua ciudad, en la vieja y hermosa ciudad en que nací, hay un convento: en él crece una niña á quien se parecerán mis hijos. Mi madre la visita todas las semanas y le habla de mí. Sólo una vez la he mirado.—Se ruborizó, con un rubor que hasta ese día no ví en mejilla alguna. No la amo, la amaré. Sí, seguro estoy de amarla cuando sea mi esposa; y la noche de bodas, en nuestro castillo, antes de besarla en la boca, me lavaré los labios en en el agua bendita de la capilla.

V.

—Muy bien,—gritó el conde de Cleguerec.—Comprendo, digo mal, apruebo con toda la admiración de que soy capaz, que reservéis el corazón á una niña á quien vuestra madre visita. Pero entretanto, ¿podréis ¡voto al diablo! evadiros de amar efectivamente? Si no poséis á Lucía de Breval á pesar de los derechos adquiridos ¡á qué persona pedís las satisfacciones que vuestra madurez viril no puede rehusar, y los placeres más sutiles á que os acostumbró la frecuentación de las alcobas eruditas?

Mr. de Marciac contestó bajando la voz:

—Querido Conde, si el dios amor tiene cortesanas, felizmente tiene también sirvientes blondas, blancas, bellas, mujeres en realidad, cuya sumisión, que no carece de iniciativa, tiene con qué satisfacer todas las exigencias de los brutales y de los soñadores.

—Eh! exclamó el nuevo parisién.

Mr. de Marciac se inclinó y le habló al oído. Entonces el otro pensativo:

—¡Pardiez! querido amigo, acaso tengáis razón.

CATULLE MENDES





DE BLANCO

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
De gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla;
Con túnica blanca, tejida de niebla,
Se envuelve á lo lejos, feudal torreón;
Erguida en el huerto la trémula acacia
Al soplo del viento sacude con gracia
Su níveo ponpón!

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea,
Las tiernas ovejas triscando se van;
De cisnes intactos el lago se llena;
Columpia su copa la enhiesta azucena
Y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura,
De nieve parecen las canas del cura,
Vestido con alba de lino sutil:
Cien niñas hermosas ocupan las bancas
Y todas vestidas con túnicas blancas
En ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
Escucha los rezos de casta novicia
Y el Cristo de mármol espira en la cruz,
Sin manchas se yerguen las velas de cera;
De encaje es la ténue cortina ligera
Que ya trasparente del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
Parece el arroyo de blancas espumas
Que quieren, cantando, correr y saltar;
Su airosa mantilla de fresca neblina
Terció la montaña: la vela latina
De barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa
Y el agua refresca sus hombros de diosa,
Sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
Cantando y risueña se ciñe la enagua
Y trémulas brillan las gotas del agua
En su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh! mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura!
Que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
Tú estás en la estatua de eterna belleza;
De tu hálito blanco nació la pureza.
Al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega á la vida,
Coronas las sienas de fiel prometida,
Al paje revistes de rico tisú!
Qué blancos son, reina, los mantos de armiño!
Qué blanca es ¡oh madres! la cuna del niño!
Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

¡En sueños de amores ufano contemplo
Alzarse muy blancas las torres de un templo
Y oculto entre lirios abrirse un hogar;
Y el velo de novia prenderse á tu frente,
Cual nube de gasa que cae lentamente
Y viene en tus hombros su encaje á posar.

M. Gutiérrez Nájera





Mi morena

Nada más bello ni saleroso
Que esta morena de San José:
Talle flexible, de andar airoso,
Ojos divinos, pequeño el pie.

Cuando conversa, sus voluptuosos
Labios de rosa brindan amor,
Y brotan dulces y misteriosos
Alados trinos de ruiñeñor.

Por ser tan ágil, y tan graciosa,
Mi morenita de sangre real,
No hay quien al verla tan ruburosa
No se decida á ser mi rival.

Al ver su cuerpo, su chal de seda,
Cuando en las tardes al parque va,
El que la encuentra de amor se queda
Diciendo bajo: ¡qué bella está!

Y si va á un baile mi morenita
Todos la atienden que es un primor,
Todos la dicen que es muy bonita,
Y la declaran luego su amor.

A. LUJÁN

Agosto de 1894.





LAS TIENDAS Y

Alguien ha dicho que San José, nuestra bella capital, es una muchacha coqueta (valga la comparación) que gasta más lujo del que debiera.

Y esa es una verdad como que hay Dios.

A nuestras señoritas especialmente, les gusta andar siempre lo mejor posible con todas las ridiculeces y caprichos de la moda; aunque rabien á solas sus respectivos papás, muchos de los cuales no se afeitan, ni fuman buenos puros habanos á fin de economizar y poder satisfacer las exigencias de sus hijas.

Los únicos que ganan con esto del lujo son los dueños de las tiendas más ó menos decentes de la ciudad, donde van á proveerse de todo lo que se han de poner en el cuerpo para llamar la atención y las tengan por señoritas distinguidas que si no se han casado, es porque no han querido.

Ahora con motivo del gran baile con que se va á celebrar el aniversario de nuestra independenciam, andan todas ellas revolviendo las tiendas y la bilis de los dependientes, para comprarse las cintas, abanicos, guantes, zapatillas y demás enseres mujeriles que han de lucir esa noche.

—Tiene Ud. esencia de *Suspiros ferveidos*?—dice una dirigiéndose á un dependiente paliducho con cara de cervatillo tímido.

—Suspiros, qué?

—Ferveidos.

—No señorita; *tenemos Brisas del Valle, Caricias conjugales, Violeta tímida, Bostezos de doncella ruburosa*.....

—Pero ¿son de Rigaud?

—De Rigaud, legítimos.

—Y cuánto cuesta cada pomito?

—Hay desde doce reales hasta cinco pesos.

—¡Caramba, qué caros! ¿No tiene un poco más baratos?

—No señorita.

—Yo quiero un perfume que huela bien y que dure, porque es el que he de llevar en el baile del 15.

—A menos que quiera Ud. *Patchouli* de á peseta...

Hay otras que no se paran en pelillos de economía y pagan cualquier cosa por un pomito de *Estephanotis* ó de *Bouquet de la Reina Victoria*, porque á falta de gracias personales, buenos están los extractos finos en el cuerpo.

Algunas hay que se acercan á un dependiente y le dicen en voz muy queda:

—¿Hay aquí una pasta que se llama *Rejuvenecedora Oriental* que sirve para darle nitidez y frescura al cutis?

—No señorita; lo que tenemos es una preparación química del Dr. Pièrre, excelente para dulcificar el semblante y disimular.

—Baje Ud. la voz; que se van á enterar esos caballeros que están ahí comprando corbatas.

En algunas tiendas hemos visto corrillos animadísimos de señoritas que charlan hasta por las barillas del corsé.

—¿De qué piensas tú hacerte el vestido para el baile del 15?—pregunta una que tiene un lunarcito postizo cerca de la barba.

—De gró color verde tierno, ¿y tú?

—De linón blanco con encajes de seda color de mirada lánguida.

—Pues el mío—agrega otra bastante fea—es de *surach* celeste.

Una de las otras, para su coletó:

—Bien puedes vestirme como una emperatriz, que siempre parecerás una mona trasnochada.

Porque eso sí: las que menos tienen que agradecerle á Dios en cuanto al físico, son las que mejor puestas van á todas partes.

No hay nada más divertido que lo que pasa todos los días en las tiendas ni nada más triste que la condición de los dependientes, víctimas de las impertinencias y majaderías de todo el mundo.

Muchas personas llegan á buscar una frazada de lana.

—¿Cuánto me lleva Ud. por ella,?—preguntan después de examinarla por todos lados.

—Catorce pesos.

—¿Está Ud. loco. Ó es que se figura que yo me encuentro el dinero debajo de la cama?

—Tenga Ud. en cuenta, caballero, que es de pura lana..... y que con ella pueden cubrirse Ud. y toda la familia, el gato inclusive.

—Por ocho, me la llevo; y punto en boca.

—Nos cuesta más; aquí tiene Ud. la marca: R. M. pesos J. K. centavos.

—¿Y qué es eso?

—Doce pesos, noventitrés centavos de costo; y eso que está calculado apenas con el 140 por ciento.

—¿Nada más? Vamos, por nueve y medio.....

—Por rebajarle algo, llévela Ud. por doce.

—Por diez me la llevo.

—Doce, último precio.

—Hombre! Póngala usted por once y medio.

—Si la quiere usted por los doce.....?

—Vaya, para concluir de una vez, la llevaré por los doce... menos una peseta.

—Ni un cuarto de centavo menos.

—Vamos, no sea caprichudo; es mía por once y noventicinco centavos.

El dependiente, aparte:

—Habrá necio!.....

Y por fin tiene que ceder, exponiéndose á que le diga el jefe de la casa!,

—Hombre! usted me va á arruinar malbaratando las cosas así de ese modo.

—Señor, la rebaja no ha sido más que de cinco centavos.

—Poca cosa! ¿No vé usted que en ese artículo se gana apenas el noventa y nueve por ciento?

Señoritas hay, que llegan acompañadas de sus mamás à comprarse un par de botines y después de probarse media docena de pares, concluyen por quedarse con unos que les vienen demasiado ajustados pero que les achican un tanto los piés, hasta hacerlos parecer diminutos.

A los cuatro días se presenta un criado con los botines todos estropeados:

—Aquí manda doña Aldonsa Panecillo—dice poniendo el paquete sobre el mostrador—y que le devuelvan los siete pesos.

—Y por qué?

—Porque el del pie derecho le lastima un callo á la niña.

—Me parece que ella misma ha estado aquí á próbárselos y nosotros no podemos.....

—Lo que yo quiero es volver con los siete pesos, por que de lo contrario, la señora, que tiene muy mal carácter, es capaz de romperme algo con la escoba.

—Bueno, pues que le pegue; puede usted volverse por donde ha venido, y que se alivie de los callos la niña.

Mire usted que tratar con algunas personas que parecen racionales!.....

—¡Buenas noches!

—Santas y buenas tenga usted.

—¿Hay medias para señoras baratas?

—¡Baratas las señoras?

—No, las medias.

—¿Quiere usted de lana ó de algodón?

—De algodón pero que sean gruesas y de color de sangre de sacerdote.

—De ese color no tenemos.

—Usted dispense.

—Ninguna otra cosa buscaba?

—Si señor; una ama de cría que sea sana y de pecho exuberante.

Señoras conozco que toman todo lo que necesitan á crédito, y las ve usted salir de las principales tiendas cargadas de paquetes de todos tamaños que van luego á poner á los pies del marido diciéndole:

—Ahí traigo todo eso; como tú eres tan rico, me veo obligada á sacar la ropa y todo á crédito.

—Pero mujer!... Si no hace aún cuatro días que pagué una cuenta enorme de telas, zapatos para los niños y un corsé para tí.

—¿Es que quieres que andemos como unos estropajos?

—Yo no digo eso; lo que quiero es que no gastes tanto lujo; tú sabes que no soy rico, ni vivo del presupuesto, ni nada, y ya me canso de pagar cuentas en todas las tiendas de San José, mientras ando hecho una lástima y me cubro las formas con esta levita color de perro.

Otras, no sólo contraen deudas en todas partes, sino que no las pagan y cuando alguno se presenta á cobrarles, le dicen con malos modos:

—Dígale usted á don Fulano, que se espere hasta que mi marido emprenda algún negocio.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando le dé la gana.

—Es que esta cuenta tiene ya nueve meses justos.

—Aunque tenga dos años; ya se pagará cuando se pueda. ¿Cree usted que nosotros somos algunos sinvergüenzas?

En las tiendas se ve gente de todas las capas y gabanos sociales: allí la dama aristocrática que lo mismo se compra una sombrilla de raso, que media docena de calzoncillos para el marido; la mujer de un artesano pobre, que compra cuatro trapitos de clase inferior para la familia; el gomoso tonto, que busca, una corbata como la que usa Fulanito y cuellos de cinco centímetros de alto; la señorita cursi, el caballero elegante y el buen hombre campesino que pregunta muy ufano en un almacén de muebles ó en una botica:

—Es aquí donde se *merca* el papel *sellao pa* los documentos?

Ó bien se dirige á un dependiente y le dice:

Quiero un sombrero de esos que dicen *London*, en el forro; que sea de copa, porque es *pa* un hijo mío que lo tengo estudiando *pa* *alicenciaio*.

El comercio en Costa Rica cada día toma mayores proporciones y á Dios gracias tenemos tiendas y almacenes de todas clases donde proporcionarnos lo necesario para la vida

Es decir; lo más necesario, no.

Ya que de todo hay en las diferentes ramificaciones del comercio, desde ojos de cristal y narices turgentes de caucho hasta polvos rejuvenecedores y ungüentos mágicos para olvidar la cuenta del sastre y los desengaños amorosos; ¿porqué no se vende talento á precios módicos y equitativos?

—Porque el mundo está tan perdido,—dirá alguno—que nadie cree estar falto de *eso*, aunque es un artículo de primera necesidad muy escaso y muy poco apreciado.

Y tendrá razón el que lo diga.

YOYO



CUARTILLAS

Revista quincenal



CONDICIONES DE VENTA

Trimestre..... \$²2-00
Número suelto..... 0-50

Pago adelantado

Administrador,

ANTONIO FONT

6^a Avenida E., N^o 39

San José, C. R.